

hacia de las limitadas fuentes de que disponía y nos ilustran sobre su manera de trabajar, especialmente con el comentario de Alejandro de Afrodisia al *Sobre el sentido y la sensación*, como hace ya muchos años puso de manifiesto A. Mansion.

El trabajo que en esta obra que presentamos nos procura Juan Cruz es de una calidad digna de mención. Primero, porque pone a disposición de quienes no leen el latín un texto de santo Tomás siempre interesante, en una buena y cuidada traducción. Segundo, por la excelente introducción de 128 páginas, verdadera monografía sobre el mundo sensible en su doble vertiente, la externa y la interna. Titulada *Dialéctica de la presencia sensible*, en ella el Prof. Cruz traza con mano maestra un análisis filosófico fundamental de la sensación como proceso que se da en el hombre, según la versión que de él ofrece el santo de Aquino, prescindiendo de todas aquellas “hipótesis subsidiarias” presentes en la obra pero hoy carentes de significación. Esta introducción está dividida en cinco grandes apartados consagrados a lo exterior e interior, es decir a los sentidos externos e internos; a la conformación trascendental de la presencia, donde plantea la génesis de la sensación, su causa y la división de los objetos sensibles; a la respuesta trascendental a la presencia, donde estudia la naturaleza de la sensación, su organicidad y el contacto entre el sujeto y lo real; a la centralización de la presencia, con referencia al sentido común y sus funciones y a la estimativa; y, en fin, a la expansión de la presencia, a través de la fantasía y de la memoria. Un notable y valioso estudio que, en contacto directo con los textos de santo Tomás, explica con claridad y precisión el pensamiento de éste en torno al proceso de la sensación en todas sus manifestaciones.

Rafael RAMÓN GUERRERO

*O livro das causas: Liber de causis*, tradução e introdução de J. G. J. Ter Reegen, Porto Alegre, EDIPUCRS, 2000, Coleção Filosofia, nº 107, 172 pp.

Uno de los textos más leídos y comentados desde finales del siglo XII y a lo largo del siglo XIII fue el titulado *Liber de causis*, atribuido a Aristóteles, a diversos autores árabes y reconocido por santo Tomás como un extracto de los *Elementos de teología* del neoplatónico Proclo, habiendo sido cuestión muy discutida la fecha de composición de esta curiosa obra. Citada en algunas fuentes tardías del mundo árabe con el título de *Libro del Bien Puro*, hoy puede razonablemente suponerse que debió ser compuesta en el siglo IX en Bagdad, puesto que influencia de ella se encuentra ya en la obra de al-Kindī (m. ca. 870), en cuyo círculo de estudiosos pudo haber sido redactada, como ha mostrado la gran estudiosa de esta obra, la profesora italiana Cristina D’Ancona. La obra interesó sobremanera porque en ella se podía encontrar respuesta filosófica al problema de la relación de Dios con el mundo, a través de la concate-nación causal manifestada al comienzo de la obra: *Omnis causa primaria plus est influens super causatum suum quam causa universalis secunda*, axioma ampliamente repetido por los filósofos en los contextos mas amplios y por otros autores.

El Prof. Jan Gerard ter Reegen, de la Universidad Estadual de Ceará, en Brasil, ofrece una excelente versión portuguesa de esta singular obra, con una notable introducción en la que se plantea el problema del autor del libro, el contexto en que el *Liber de causis* fue escrito, un estudio de la versión latina, su repercusión en el siglo XIII, la estructura del libro y, en fin, el pensamiento filosófico contenido en el mismo. El trabajo del Dr. Ter Reegen es de una gran utilidad para quien quiera familiarizarse con el celebrado *Liber de causis*.

Rafael RAMÓN GUERRERO

FILHO, M. A.: *Os sentidos internos em Ibn Siná (Avicena)*, Porto Alegre, EDI-PUCRS, 2000, Coleção Filosofia, nº 116, 168 pp.

Punto de partida de innumerables lecturas y comentarios, el *De anima* de Aristóteles plantea el problema de las facultades por las que adquirimos el conocimiento sensible. Tras estudiar en el libro II los sentidos externos, el libro III lo inicia con una referencia al llamado “sentido común”, unificador del conocimiento sensible, especie de conciencia sensitiva de las percepciones exteriores o unidad de la conciencia que hace posible el tránsito de la sensibilidad múltiple y dispersa a una experiencia organizada, a una reunión de todas las percepciones sensibles, constituyendo una primera forma de conocimiento del mundo, y más adelante expone la naturaleza de la imaginación y aquello que la distingue del intelecto. También habla de la memoria. Pero no hay en él un desarrollo de los que luego fueron llamados “sentidos internos”. Autores posteriores, como Alejandro de Afrodisia, Plotino o san Agustín llegaron a elaborar una más compleja teoría del “sentido interno”, el que correspondería al “común” de Aristóteles, sin que se pueda descubrir en ellos los elementos suficientes para la elaboración de una teoría del sentido interno como englobante de múltiples manifestaciones internas, pero sensibles, del alma. Esta elaboración aparece en el mundo árabe, donde se halla por vez primera la expresión “sentidos internos” para designar un conjunto de facultades cognoscitivas distintas de los sentidos externos y de las facultades intelectuales. Fijados inicialmente por al-Fârâbî, fue Avicena quien los estudió dentro de su *Kitâb al-nafs* o *Liber de anima seu sextus de naturalibus*, consagrandoles el capítulo cuarto de esta obra. Una descripción de este capítulo es lo que hallamos en la obra de Miguel Attie Filho, quien, al situar los sentidos internos en su contexto, trata de probar que en el hombre las realidades externas e internas no son dos facetas o aspectos distintos de su ser, sino dos manifestaciones que se complementan en una unidad. Tras una introducción, en la que presenta semblanza biográfica de Avicena y referencias bibliográficas, el capítulo I se ocupa de situar en la gran obra de Avicena, el *Kitb al-Shifâ*, su sexto libro de la parte física, el *Kitâb al-nafs*. El capítulo II estudia los sentidos internos en el *Kitâb al-nafs*, después de establecer el cuadro general de la obra, tal como Avicena lo presenta en el capítulo primero de esa obra. El capítulo III investiga las fuentes avicenianas de los sentidos